

Mi concepción del mundo ⁽¹⁾

CONFESIONES DEL AUTOR

I

El que coja este libro y atraído por su título se disponga a leerlo pensando que es la exposición de algún sistema filosófico o tesis sociológica, con todos los atavíos de la erudición y premisas de la dialéctica corriente, le aconsejo que lo desdeñe, pues no hallará lo que busca. Este es un libro sincero, entrañable, amasado con trozos de realidad y enjundia de sentimiento. No tiene plan ni método, ni puede tenerlos. ¿Acaso son susceptibles de sistematización el pensamiento y la vida?

Es voluble, vehemente, raro, contradictorio, *proteico* pero franco, igual que el padre que lo engendró. Cada una de sus páginas representa un trozo del gran paraje mundano visto desde múltiples atalayas espirituales. No piensa el autor como el ilustre judío Spinoza que todo es *uno* y lo *mismo* sino que *todo* no es lo que parece y lo que parece *todo es nada*. A ratos tiende el espíritu de rebeldía contra el mal su arco de acero junto al cálido periodo y silba la flecha de la indignación sobre el concepto; otras veces corre por algunas de sus páginas un vientecillo sedante henchido de aromas de tolerancia o piedad; alguna que otra el autor ríe con esa risa fuertemente amarga del humorismo; mueca de postiza alegría con que a menudo se presenta el excéptico en el gran escenario del mundo, tratando de ocultar a la curiosidad impía del eterno vulgo el tedio o la duda, el hastío o desprecio de la vida; cuatro barrenos del espíritu forjados por el análisis que van taladrando insensiblemente el corazón.

Digamos con un humorista ilustre, alma gemela de Heine y Larra, Leopardi y Ganivet: «Risas hay de Lucifer, risas preñadas de horror, que en nuestro mezquino ser, como su llanto el placer, tiene su risa el dolor».

No, no hay unidad de criterio ni puede haberla en un libro como este sincero, hondamente subjetivo y hasta si quereis pasional, ¡Filosofar!

(1) Artículo póstumo del ilustre ensayista D. Pascual Santacruz, Académico Numerario de nuestra corporación, que falleció en Córdoba el día 22 de mayo de 1953.

El que filosofa frente a una abstracción o una entelequia podrá ser rigurosamente lógico con esa lógica formal o de seminario que es a modo de trinchera de las verdades dogmáticas. Pero frente a la vida multiforme y ondulante que diría Montaigne, no es posible argumentar con el *Barbora* o el *Baralípton* escolásticos, sino con calor de humanidad, con el corazón y los nervios

Después de todo ¿hay algo más ilógico, más profundamente irracional e ilógico que la realidad?

¿De qué sirve que yo construya un sistema con todo género de reductos silogísticos o premisas encadenadas si la evolución lo romperá de un hachazo, con un solo hecho y de un golpe solo como dice que rompió el rey de Navarra el férreo círculo de la tienda Real árabe en los campos de las Navas de Tolosa? Yo no hago síntesis deslumbradoras. Que las haga Dios. Yo no veo sino antítesis y en derredor de ellas peleo por lo que juzgo mi bien que es el bien que deseo a la humanidad

Ese *bien oficial* que los hombres con imprudente ligereza han catalogado en los casilleros de una secta o una ética apriorística no es para mí el bien positivo, sino la caricatura o deformación del bien.

Muchos años ha que voy persiguiendo ese bien y aún no lo he visto, como tampoco he conseguido hasta hoy verme bien a mí mismo y a ratos me parece que llevo dentro un desconocido, una esfinge que se ríe de todos sus esfuerzos por arrancarle su secreto.

Si buceando con ahínco en mi propia alma no he podido aún descubrir el tesoro de mi auténtica individualidad, mal puedo envanecerme de conocer lo que está fuera de mí, lo que alienta en el mundo objetivo. ¿Quién soy yo? De cierto no lo sé. Por la hechura anatómica parezco un hombre, más no os fieis que a ratos se me antoja que debo ser una *síntesis* o *mosaico* zoológico, a juzgar por los instintos que en mí se revelan y por las ansias que en mi espíritu brotan. Mezcla de bestia y de ángel como dijo Pascal (con más de lo primero que de lo segundo) el hombre sigue siendo aún el menos conocido de todos los mamíferos por ser el más hipócrita

En más de una ocasión he tronado contra esa especie de comodín o atrofia mental que llaman por ahí la virtud de la consecuencia y hasta recuerdo que en una conferencia pública (en el Círculo Republicano de Almería) sostuve que los consecuentes sino unos perfectos histriones eran a menudo incapaces de evolución espiritual por lesión orgánica, es decir tontos a nativitate.

Hoy voy más allá y afirmo resueltamente que son incompatibles de todo punto la sinceridad y la consecuencia.

Sujetar la actividad anímica a un solo credo o sistema de ideas rígido y cerrado es como poner puertas al campo, candados al instinto, presas de cartón al caudaloso río de la vida.

No creo en la consecuencia política ni filosófica, como no creo en el amor único, ni en la mujer única, ni en el alimento único.

El hombre es *omnífago* por su estómago y *proteico* por su cerebro

La teoría de la consecuencia es la consagración de la rutina, un himno al Nirvana mental, una negación de las leyes biológicas cuando no un atentado con careta de austeridad a los estados de conciencia. Mi amigo el docto profesor Unamuno afirma con razón que no hay nada tan natural y lógico en las clases sociales como variar de ideas al compás de su mejoramiento económico.

El obrero no debe ni puede pensar como el plutócrata, el profesor como el torero, el oficinista como el agricultor. La vida es plurilateral y no afecta jamás la forma rígida e inflexible de la recta. Como en el orden físico está el llano junto a la montaña, en el orden psíquico o ético están el pesimismo a poca distancia del optimismo, la anarquía al lado del dogmatismo y la tiranía tras la demagogia.

Un hombre de intensa energía cerebral suele vivir toda la vida en pocas horas. Así como hay que variar de túnicas al compás del desarrollo físico, hay que mudar de ideas y de sentimientos al continuo vaivén de las sensaciones y los hechos.

La historia de la indumentaria es como un símbolo de la historia de la civilización. Nuestro traje es más espiritual (por decirlo así) a medida que nuestra concepción del mundo es más progresiva y artística. El hombre primitivo muestra sus carnes y músculos en toda su arrogante desnudez. Hay en él algo de la rusticidad y bravías formas del mamífero ineducado. El hombre de la Edad Media cubre su cuerpo con vestidura férrea pregonando así algo de lo que después formuló el canciller Bismarek, a saber, que la fuerza es el fundamento de todo derecho y la justificación de toda tropelía. El hombre moderno tapa sus órganos con holgada y flexible ropa fabricada con arreglo a patrón artístico que realza la noble figura humana. Caen a tierra cascos, viseras y yelmos y queda al descubierto nuestro rostro.

La sociabilidad que es la más pura forma del comercio moral y humano nos acerca haciendo que a las máscaras de acero o hierro sustituya la máscara de carne harto más hipócrita que aquellas. Es triste verdad que el progreso ético no camina paralelo al progreso material, dando la visión de un gigante del brazo de un pigmeo. ¡Cuán lejos estamos aún del bendito reino de la sinceridad, escuela del más práctico y fecundo cristianismo!

¡Cuán difícil es que cada uno aparezca a los ojos y al espíritu de los demás como es por dentro, cuando hasta por fuera enseñamos dientes y pelos postizos y toleramos a nuestras hembras que se adornen con órganos del artificio y finjan bellezas que natura no les otorgó. Por lo demás el mundo es renovación, cuando no antítesis y la geografía moral y social rompe todos los moldes en que quieren aprisionarla los impenitentes doctrinarios y eruditos de acarreo.

El joven, ha dicho un sabio naturalista y psicólogo, tiene otras ideas que el anciano; el hombre que está acostado piensa de modo distinto que el que está de pie; el que tiene hambre muy diversamente que el harto; el alegre de otro modo que el irritado.

Cuanto mas rica e intensa es la potencia mental y efectiva de un hombre, mas sujeto está su espíritu a la duda, la contradicción y la mudanza. El hecho y la sensación son las dos piedras de toque del alma humana. La vista de una hoja que empujada por el viento otoñal cae sobre la cabeza de un tísico no sugiere ninguna idea al hombre de tosca sensibilidad. En cambio ¡qué mundo de reflexiones y sentimientos no despierta en un cerebro y corazón generosos! Qué hecho natural comprende la historia de la realidad y del dolor humanos. Una herencia morbosa que tiende a perpetuarse; el pasado monstruo engendrador del mal presente como este a su vez verdugo alevoso de lo porvenir; las cuatro estaciones del año que son como las cuatro jornadas de la vida de nuestro espíritu. Una primavera de la mente; un estío de vehementes pasiones, un invierno del corazón y un otoño de la vida sombría antesala de la muerte.

Una rafaguilla de viento que arranca del árbol unas cuantas membranas y de paso hiere traidoramente un pulmón; la triste sonrisa del débil condenado a *prematura desaparición* y la barbara y arrogante alegría del vigoroso aspirando con fruición aquel aire que es para él tónico vital; allá a lo lejos Darwin con su implacable hipótesis, y enfrente Cristo con su dulce sonrisa bendiciendo a los humildes y enfermos que son los más dignos de amor.

Es tan multiforme, compleja y contradictoria la trama de la vida, que podemos definir la existencia del hombre como el tránsito doloroso de un cuerpo y un cerebro por entre un proceso de antítesis que se resuelven al cabo en una negación; la muerte.

Bien dice el poeta.

Todo en el mundo es asechanza y lazos
por todas partes en convulso giro
cae el hombre en su propia emboscada.

Quien se sienta consecuente consigo mismo y con la vida, ese o no sabe vivirla o tiene castrada la noble facultad de las representaciones.

Los que en una hora han aprendido a sentir el máximo dolor y la fugaz dicha; los que maldijeron después de besar; los que buscando el amor tropezaron a poco de gastarlo con el tedio o el remordimiento; los que sintieron la grandiosa abnegación de Cristo para comprender después la feroz aspiración de Calígula; los que abandonaron a San Francisco para cojerse al brazo de Nietzsche; los que sacudida el alma por encontrados y fuertes estímulos frente a la realidad sensible lo negaron o execraron todo para afirmarlo y bendecirlo después; los analíticos acostumbrados a investigar la misteriosa esencia de las cosas esos de seguro me comprenderán.

II

Aquel Barón de Riperdá ministro de Felipe V, holandés ingenuo y docto al par que fué tachado de arquetipo de versatilidad, es para mí todo un símbolo. En su evolución religioso mental fué católico protestante y judío y murió por último en pleno arrobamiento sensual abrazado al Koran y pensando en la predestinación y en el cielo mahometano poblado de huríes dadasivas. El hombre no es un espíritu estático, ni el esclavo de una idea sino un ser que se renueva a cada instante al compás de las crisis que le agitan y de los hechos que le empujan y a modo de serpiente que muda su piel, cambia también a cada paso las normas de su propio ser ideal.

¡Cuántas estatuas no ha erigido la humana tontería a esos *grandes consecuentes* en Religión y Política que no fueron otra cosa que espíritus rutinarios, encallecidos, dogmáticos que se petrificaron como otra mujer de Loth volviendo las espaldas a la evolución sana y poderosa.

Veo al sabio consumir su vida en la meditación y el estudio por aportar al acerbo científico una verdad o una hipótesis y frente a él contemplo a la turbamulta ebria y soez entregada a las más viles concupiscencias o grotescos regateos y pienso que la igualdad que alguna secta pregona sería la más insigne injusticia. Salgo a la calle, recorro paseos y plazas; descubro la azulada extensión de este mar latino que en tiempos más felices surcaron con gloria nuestras naves; me arriesgo playa adentro y diviso junto a la costa el coche de un plutócrata que yace arrellanado en su fondo sobre el mullido asiento fumando con fruición rico tabaco y a pocos pasos veo unos cuantos pescadores viejos y achacosos tirando trabajosamente del copo. La visión individualista se desvanece ahora para ceder paso a la bella concepción del socialismo cristiano o a la roja perspectiva del anarquismo.

Eso es la vida y como ella debe ser el alma humana proteica y varía y a ratos sarcásticamente paradógica. Yo me sonrío amargamente cuando escucho a esos espíritus ramplones y optimistas (a quienes parece embrutecer perpétuamente el sopor de sus laboriosas digestiones) que viven vida de rumiantes, que caminamos con la velocidad de un tren por una pendiente hacia el bien general y el progreso ilimitado.

¡Bien y progreso, y a derecha e izquierda de ese tren sombrío de la vida no se ven sino miembros mutilados o cabezas cortadas a cercén!

Correr mucho y atropelladamente, derribando a débiles y rezagados, no es progresar. A la armonía social no se llega en trenes eléctricos ni en automóviles de marcha vertiginosa. El progreso moral no se ha verificado ni verificará jamás paralelamente al progreso y transformación de la materia. Para mí en la duda es preferible vivir con honor a vivir con comodidad y creo inútil decir que admiro más a Horacio Cocles que a Rotschild. Cuando la vitalidad se engendra en el bien bato palmas por lo útil. Cuando la utilidad se alcanza a expensas de la justicia considero como un crimen la utilidad. Admiro a Moors y Edison, pero reniego de Benthani y si me dieran a escoger entre una sociedad de comerciantes y otra de bandidos me quedaría perplejo para elegir. Nada hay por desgracia consecuente ni duradero en el alma y en la naturaleza. El bien y el mal andan tan prietos y confundidos, que no creo haya un ojo tan sutil que atisbe la línea cuasi metafísica que los separa.

¡Qué triste y cuán profundamente humana es la siguiente afirmación que un célebre dramaturgo pone en boca de uno de los personajes de sus obras! ¿Qué quieres? ¡Me cansé de ser honrado! El sol congestiona a ratos y otros acaricia con tenue ósculo nuestros rostros. El mar es bello a veces, pero ¡qué horrible es también el mar! Un día recibe la barquilla, la balancea con mimo y la hace deslizarse suavemente con sumo cuidado. No sería más dulce para su hijito una madre. Otras devuelve bruscamente cuanto se le confía y lanza el soberbio trasatlántico como si fuera un juguete de niño. Así el hombre. ¡Qué grande a veces, a veces qué humano! ¡Cuán monstruoso a poco! ¡Qué ruín y cobarde! Se sacrifica por quienes en el fondo le explotan y desprecian (sirva de ejemplo el pueblo con los tribunos) y siempre injuria y escupe sobre quien trató de redimirle como hizo con Cristo.

¿El mal es... el bien?, se pregunta Galdós al terminar su hermosa novela «El Abuelo». ¡Bueno y malo es todo! Cuestión de posición, de altura, capricho de perspectiva, exceso ó defecto de calor nervioso; lo pequeño causa de lo grande, diga lo que quiera la regla del método empírico.

¡Quien se sienta con fuerza para ser bueno o malo solo con el imperio de querer, que alce el dedo para que yo le vea, le admire y consagre, como a solas en la penumbra de [mi pensamiento] veo, admiro y reverencio a Dios.

Pascual Santacruz

